ROMANTICISMO Y TRADICIONALISMO*

MARIO GÓNGORA DEL C.

Presentación

Durante el segundo semestre del año pasado, nuestro Instituto programó un curso de Teoría Política, ciclo en el cual don Mario Góngora nos honró con la conferencia que presentamos a continuación.

La inesperada ausencia de uno de los más destacados académicos chilenos de este siglo se va a resentir mucho tiempo, en especial cuando se vaticinan momentos difíciles para la Universidad. Su trabajo exhaustivo y silencioso, su invariable predisposición para la sugerencia atinada y discreta, así como tantas otras cualidades intelectuales y humanas hicieron de don Mario una persona muy peculiar, lamentablemente tan escasa en nuestro medio.

A quienes no tuvimos la suerte de trabajar cerca suyo, nos llega sin embargo toda la trascendencia de su obra. Más allá de la investigación histórica, los trabajos de don Mario también comprenden la filosofía, y su permanente preocupación acerca de la promoción político-institucional de este país constituye uno de los aportes más significativos al interminable debate acerca de las raíces histórico-estructurales del sistema político chileno.

Con esta suscinta presentación queremos rendir un sentido homenaje a la memoria de don Mario Góngora, con la misma sencillez que siempre lo caracterizó y con todo el reconocimiento y admiración de quienes siempre lo recordaremos.

R.D.S.

* * *

El Romanticismo y el Tradicionalismo, temas que abordaré lo más concentradamente posible dado el tiempo de que dispongo, que no quiero que supere una hora, son movimientos que parten, pudiéramos decir, de una reacción a fondo contra el racionalismo de la Ilustración y más tarde en frente de la Revolución Francesa. Por eso mismo es que tal vez no hayan tenido ninguno de los dos una influencia decisiva en América española, ya que nuestro mundo no vivió a fondo en su momento la Ilustración; la Ilustración en América española fue ecléctica, limitada dentro de los marcos del catolicismo histórico hispano. Y segundo, no tuvimos

* Conferencia pronunciada por el profesor, don Mario Góngora, el 9 de octubre de 1985, como parte del curso Teoría Política, ofrecido por el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

realmente la experiencia de la Revolución Francesa. El mundo hispánico ha conocido más bien el fenómeno guerra civil que el fenómeno Revolución Francesa, revolución que en el fondo, como decía uno de los tradicionalistas Joseph Le Maitre se continúa y en el fondo es siempre la misma y es profetizada incluso para los siglos después. Como América española no vivió a fondo la Ilustración debido, como digo, a que fue ecléctica dentro del marco del catolicismo hispánico y como tampoco tuvimos Revolución Francesa, sino Guerra de la Independencia, ocurre que el Romanticismo e incluso el Tradicionalismo han sido fenómenos que han repercutido sólo a medias, diría yo, en nuestro mundo hispanoamericano. En segundo lugar, entrando en el tema Romanticismo, diríamos que no es sólo, como ordinariamente se presenta, un movimiento literario, es una concepción del mundo, un tipo de pensamiento. Y un tipo de pensamiento y de sentimiento que son particularmente vivos y fundamentales y dirigidos hacia todos los campos en el mundo nórdico europeo, en Alemania y en Inglaterra. Y desde Alemania se propagan a Francia y de Francia a Italia y muy levemente a España. De modo que puede resultar, y va a resultar seguramente, bastante extraña la presentación del Romanticismo entre nuestros estudiantes. En segundo lugar, quisiera destacar que el Romanticismo nace de una reacción, como dije, contra la Ilustración, pero habiéndola vivido, habiendo pasado por ella. O sea, no es un mero sentimiento de extenuación del racionalismo, sino que habiendo pasado por él a fondo y habiéndolo aceptado, luego lo rechaza, como ocurre tantas veces en la dialéctica de la Historia. Es en un gran pensador alemán, Herder, en donde me parece que está el patrón inicial, el modelo inicial de un pensamiento prerrromántico, cuando descubre que los pueblos y las culturas son más allá de una mera sociedad organizada para fines racionales al modo de la Ilustración o del Despotismo Ilustrado, más allá de eso, el pueblo tiene un espíritu, un alma colectiva que se vierte en primer lugar en su poesía tradicional, en su lenguaje, y en consecuencia en todos los contenidos del lenguaje: mitología, derecho, poesía ya más culta, etc. Esta idea del espíritu del pueblo es una idea capital para la comprensión del Romanticismo. Ahora, un segundo pensador que va a influir capitalmente en el aspecto político, en el cual quiero concentrarme, porque toda la concepción romántica en sus vertientes religiosas, literarias, etc., no me es posible abordarlas aquí; quiero afincarme solamente en el Romanticismo político. Bueno, este Romanticismo político viene a ser desencadenado durante la Revolución Francesa y por pensadores o intelectuales alemanes que han sido inicialmente entusiastas de la Revolución Francesa, por eso decía antes que se ha pasado por una catástrofe para poderla realmente pensar, más allá de ella pensar algo adverso. En Alemania, la Revolución Francesa despierta un entusiasmo profundo el 89, y luego viene la marea opuesta.

Ahora bien, un pensador y un político práctico inglés, Edmund Burke, ya en 1790 en sus reflexiones sobre la Revolución Francesa inicia la corriente que pudiéramos llamar contrarrevolucionaria.

Y Burke va a ser traducido tres años después en Alemania y va a provocar allí toda una corriente de pensamiento que pudiéramos llamar

político-romántico. Burke mismo es un político práctico, un "old whig", había participado en el Parlamento, había defendido la causa de los colonos norteamericanos en la Guerra de la Independencia, había intervenido en polémicas sobre la administración inglesa en la India, etc. Pero frente al fenómeno revolucionario, él quiere mostrar como un modelo diferente, opuesto, el fenómeno de la evolución inglesa, de la continuidad, cómo el proceso inglés había llegado a la libertad política sin atravesar por el fenómeno revolucionario y exagerando tal vez el mismo, el fenómeno de la continuidad, del despliegue, diríamos, constantemente deseoso de marcar más bien lo tradicional aún en las plenas guerras civiles; así Inglaterra había llegado a ser el modelo de un clima político templado frente al fenómeno revolucionario francés. Comentando enseguida un texto de Burke, para darnos cuenta cómo plantea él el Estado, este agente capital del pensamiento político y de la realidad política. Dice así Burke, en sus reflexiones sobre la Revolución Francesa, repito, de 1790: "La sociedad es en verdad un contrato", aquí responde un poco a Rousseau, el contrato social, pero sigue "contratos subordinados para objetos de interés meramente ocasional pueden ser disueltos a voluntad, pero el Estado no debe ser considerado como una sociedad semejante a una sociedad mercantil, sobre pimienta o sobre café, sobre calico o sobre tabaco, o alguna otra cosa de poco rango, formada para un pequeño interés temporal y que pueda ser disuelta según el capricho de las partes. El Estado debe ser considerado con otra reverencia, porque no es solamente una sociedad en cosas al servicio de la existencia animal, de naturaleza transitoria y perecedera. Es una sociedad sobre toda ciencia, una sociedad sobre todo arte, una sociedad sobre toda virtud y toda perfección. Como los fines de tal sociedad no pueden obtenerse en pocas generaciones, viene a ser una sociedad no sólo entre los que viven, sino entre los que no viven, los muertos y los que están por nacer. Un contrato de cualquier Estado particular no es sino una cláusula en el gran contrato primordial de la sociedad eterna, que conecta el mundo visible con el invisible". Parafraseando casi este mismo pasaje de Burke, el principal tratadista político del Romanticismo, Adam Müller, en "Elementos de la Política", en 1808, dice así: "El Estado no es una manufactura, una granja, una sociedad de seguros o mercantil. Es la conexión íntima de todas las necesidades físicas y espirituales, de toda la vida interior y exterior de una nación, para constituir un gran todo enérgico e infinitamente movido y vivaz". Estos dos párrafos, a mi juicio, constituyen un núcleo fundamental para la reflexión sobre lo que es el Romanticismo político. Frente a Rousseau no es un mero contrato entre los vivos, por decirlo así, una voluntad general que juegue a cada instante mediante un consenso de los presentes, sino que es el resultado de una gran tradición entre generaciones pasadas, presentes y futuras, idea misma de tradición. Segundo, no tiene una finalidad meramente útil: asegurar la seguridad y los derechos de los que en este instante viven, sino que en el fondo abarca toda la vida, tanto, las necesidades materiales como las necesidades espirituales. Por eso dice sobre toda ciencia, sobre todo arte, sobre toda virtud, sobre toda perfección.

De modo que hay una concepción, diríamos así, vital e histórica del Estado que va más allá del mero contractualismo rousseauniano o de la mera concepción mecanicista del Estado a que tendían los tratadistas de la política de los siglos XVII y XVIII, o de lo que era el Despotismo Ilustrado, que en los distintos países tiende sobre todo a resolver los problemas materiales, o bien los problemas educacionales pero a través de una administración, de una legislación sobre lo que debe ser la educación, pero que no piensa la vida misma. Y aquí, en este fenómeno de la vida misma, insondable por decirlo así, e indivisible, es donde interviene, como les decía, la idea de un espíritu del pueblo, de un alma del pueblo. Esto es el Estado, claro, una concepción bastante distante de lo que estamos acostumbrados a pensar en Hispanoamérica, donde en otra línea de tradición se piensa siempre el Estado como mecanismo burocrático, distinto en el fondo en frente del pueblo; en cambio aquí, el Estado y el pueblo están íntimamente vinculados, son una misma realidad que es la vida de las generaciones en una misma tierra, afrontando los desafíos de la Naturaleza. De modo que para Adam Müller, después de Burke, Adam Müller es el tratadista más sistemático de la política dentro de esta concepción romántica, el Estado es la totalidad de los asuntos humanos en una conexión, en un todo vivo.

Es algo que tiene que aprehenderse en movimiento. Adam Müller plantea, como Kant, la contraposición entre concepto e idea.

El concepto es algo fijo, estático; en cambio la idea aprehende una realidad en todo su despliegue vital, en todos sus momentos.

En ese sentido, lo que él quiere marcar es la idea del Estado como un todo en movimiento, no el concepto que puede definir cualquier código, "el Estado es la Nación organizada. . .", cosas así que estamos acostumbrados a ver en nuestros textos escolares.

Ahora, siguiendo con otros románticos, el Estado, dice Eichendorff, un poeta, un escritor célebre, autor de una novela muy traducida, "La vida de uno que no hace nada", podríamos decir, Eichendorff, que también es sin embargo un pensador serio, dice que el Estado está en una eterna alianza con la religión, la poesía y la vida. Notemos religión, no precisamente Iglesia. El Romanticismo concibe la religión como un sentimiento profundo y omnidimensional, digámoslo así, que no coincide necesariamente en modo alguno con el marco eclesiástico determinado. Con la poesía: es la época de la afloración del Nacionalismo, cuando recién a comienzos del siglo XIX se levantan los nacionalismos alemán, austríaco, tirolés, ruso, español, etc., contra la invasión napoleónica. Y la poesía, la canción, la música, juegan un papel muy vivo en esta generación del Romanticismo nacionalista. El Estado, pues, para todos los pensadores romáticos y tradicionalistas se funda en otros elementos vinculantes que no son el mero derecho positivo, que no es la mera obediencia a una ley escrita o a la Constitución. Hay virtudes que ellos valoran capitalmente: la confianza, el sacrificio, el honor. La obediencia a la autoridad debe reposar, para ellos, para Adam Müller, por ejemplo, en la fe y en el amor, fe en el sentido de confianza religiosa pero humana, y éstos pueden nacer sólo de la misma fe y del mismo amor, dice

Schlegel, otro gran pensador y escritor romántico, no de la pura coerción. A la inversa del Despotismo Ilustrado, el Estado, la obediencia a la autoridad no puede ser fruto de la mera superioridad jurídica y naturalmente del monopolio de la fuerza física, sino que tiene que reposar en elementos morales, como confianza, sacrificio, honor. La guerra es justamente, para ellos, un momento decisivo en la vida del Estado, en el sentido de que los ciudadanos o los súbditos van más allá de la defensa de sus intereses personales, particularmente, y sacrifican todo, van más allá de ellos mismos, por decirlo así. Y en ese sentido, dice Adam Müller, el arte de la política sería cómo se preserva durante el tiempo de paz las virtudes que se dan en tiempos de guerra. Cómo poder conservar el espíritu de sacrificio que genera la guerra exterior, cómo conservarla en tiempos de paz. Y allí, en ese sentido, la lucha por una idea, la lucha por una causa, la lucha por tendencias políticas asume su legitimidad. Es, en cierta manera, una forma, o por lo menos debe ser una forma de superar los meros intereses personales de tipo económicos en pro de una causa política. La relación con el sacrificio, pues, es capital. Por otra parte, cuando se dice que el Estado es una totalidad que comprende toda ciencia, todo arte, toda virtud, etc., no hay que imaginarse que ellos quieren un Estado monolítico, en el cual el hombre mismo, el individuo quede anegado, quede sumergido. Todo Estado perfecto dice el filósofo Schellinger, —que es tal vez como filósofo formalmente tal, el más próximo al Romanticismo—, dice que "todo Estado es perfecto cuando cada uno de sus miembros a la vez que medio para el todo, es un fin en sí mismo".

Mientras más espirituales y más vivos son los miembros, más vivo y personal el Estado". No es pues que el Estado se subordine, se sujete a sí mismo a los individuos en una forma mecánica, sino que el Romanticismo piensa en una polaridad, diríamos, hay una polaridad, o sea la polaridad es más que el contraste incluso, diría yo, es un contraste, sí, pero en que lo unitario en que entre los dos polos opuestos hay a pesar de todo una cierta unidad superior, una fuente, un uno, de lo cual brotan un polo y otro. Entonces, la comunidad del Estado contiene al individuo, pero el individuo a su vez, en cierta manera, contiene a la comunidad. De modo que esta polaridad impide que este concepto de totalidad estatal de que he hecho mención sea el puro fenómeno de la sujeción radical de un individuo que sea en el fondo un átomo, no hay atomismo, sino polaridad entre lo comunitario, llamémoslo así y lo individual. El hombre mismo es comunidad y a la vez el Estado respeta al hombre como vivo y superior.

Por eso se da también en el Romanticismo otra corriente que respeta la Edad Media, la Iglesia medieval como universalista y, a la vez, en polaridad con el universalismo, las nacionalidades, lo singular, la nación, la provincia, la aldea, el individuo.

Planteado así, el Estado se presenta evidentemente en contraposición con la racionalización política, económica, que se va operando en el mismo siglo XVIII y que avanzará en los dos siglos siguientes. El Romanticismo nos aparece como extraño a esa racionalización, como

una afirmación de relaciones y de actitudes vitales, del sentimiento religioso, de la nobleza en el sentido que voy a precisar después, de proximidad a la tierra y a la tradición, del sentimiento histórico. Entrando más en el análisis de esta actitud, que pudiéramos llamar no racionalista, pero después de haber aceptado la razón, después de conocer y de aceptar plenamente la ciencia, pero ir más allá de ella, pudiéramos caracterizar y se ha caracterizado el Romanticismo como un pensamiento organológico. Es decir, la vida del Estado es como un organismo que se va desplegando libremente, es una metáfora, no es en el sentido biológico estricto, sino que en un sentido de vitalidad, de vida. ¿Qué significa este pensamiento organológico de la política? Desde luego, la idea de espíritu del pueblo, que ya he dicho. Un pueblo es una comunidad que tiene su alma colectiva que se expresa. Toda la cultura es expresión del despliegue de esta alma colectiva. Luego, primacía de lo concreto, de lo realmente existente por sobre un reformismo abstracto.

En Derecho, por ejemplo, el Romanticismo valoriza la costumbre.

Toda la escuela histórica del Derecho de Savignet y de los hermanos Grimm es justamente una valoración de la vieja costumbre, no sólo de los usos, sino también de las convicciones reales que tiene un pueblo, en frente del mero legislacionismo, pudiéramos decir, en virtud del cual la ley nueva o la nueva ley fundamental, la nueva Constitución suprime lo anterior. Frente a esta abstracción jurídica, lo concreto, por ejemplo en Derecho, es valorado por sobre lo abstracto. Lo concreto en la propiedad, la relación de la tierra con su dueño, la relación de una industria con una firma que tradicionalmente ha poseído esa industria, todo ello para los románticos es valioso, relación entre persona y cosa, pero oponiéndose a la mercantilización global de la economía a que la tierra pueda dividirse infinitamente, lo mismo que los bienes muebles. En ese sentido, oposición al Liberalismo económico. La libertad concebida como algo cualitativo, no igualdad atomística, digamos. Rechazo del individualismo puro, marcando la preservación y el valor de los cuerpos intermedios, las sociedades como la familia, el gremio artesanal, la aldea, la provincia, los estamentos, que todavía existen, aunque ya bastante muertos en el 1800. La comunidad es una palabra clave del pensamiento romántico. La comunidad en el sentido que después enunciará el sociólogo de fines del siglo XIX, Ferdinand Toennis, la comunidad basada no en el contrato, sino en el estatus.

Una palabra llena de sentido, que abarca desde la familia hasta la nación. Que es una comunión, en cierto modo, de individuos.

Algo individual, vivo. El hombre, para los románticos, ha llegado a ser casi una máquina, por la separación en lo político, en lo económico, en lo racional, y quieren valorar de nuevo la idea de comunidad. Frente al liberalismo económico que Adam Müller conoce muy bien, él es uno de los autores conocidos, sin embargo marca que el principio de libertad de trabajo, que como se sabe figura en primer lugar en Adam Smith, llevado al extremo, suprime en cierto modo la comunidad que existía anteriormente en el seno de la empresa o del taller artesanal. Y en seguida, el principio de la libertad de trabajo y de la división del trabajo,

mejor dicho, el principio de la división del trabajo hace que el Estado venga a ser concebido como una manufactura, en que el soberano es el empresario y se yergue, dice él, como un Emperador sobre los jornaleros mecánicos, y a tal entidad muerta llaman los liberales económicos, diferenciándolos del liberalismo político, llaman libertad, yo no. De modo que para Müller, por ejemplo, que es un economista de cierto rango, ha trabajado sobre el crédito, sobre el papel moneda, etc., para Adam Müller, Adam Smith ha podido resistir a la atracción del liberalismo económico puro gracias a que poseía, dice, un capital nacional inconmensurable, omnipresente, espiritual y físico, una vieja Inglaterra que ha sostenido a la Inglaterra nueva. De modo que, el hecho de ser Inglaterra una vieja monarquía tradicional ha permitido que el pensamiento liberal económico, que es abstracto, sin embargo no liquide a la nación ni a la tradición inglesa, que por el contrario siguen viviendo magníficamente todavía en 1800. Con respecto al liberalismo económico, los románticos, por su valoración de la tradición, son ideológicamente favorables, diríamos, a la nobleza antes que al nuevo capitalismo. De modo que se encuentra en ellos muchas veces una oposición bastante radical al capitalismo puro, que se empieza a manifestar en Inglaterra en su época. Veo a los príncipes, dice el tradicionalista francés, Bonald, en una carta de 1837, veo a los príncipes muy ocupados de lo material y sacrificando todo a combinaciones industriales que aumentan las riquezas de algunos jefes de fábricas y no impiden el pauperismo, pero que acrecientan una población con la que los gobiernos no saben qué hacer, pero de la que sus enemigos hacen revoluciones. Y luego, en la misma carta, "los príncipes cristianos no sienten bastante que la fuerza les ha sido dada para defender el cristianismo y la cristiandad, no para construir ferrocarriles y barcos a vapor, maravillas de la industria, como se quiera, pero que no hacen sino incrementar los dos extremos: la población de los millonarios burgueses, que quieren invadir el poder, y la población proletaria, a la que el poder no puede gobernar". Semejantes expresiones de temor ante la efervescencia revolucionaria de los proletarios en Inglaterra manifiesta Adam Müller alrededor de 1815. Habla de la reacción de una humanidad mecánicamente indignificada, que se indemniza de la unilateralidad que se le impone por ilimitadas ensoñaciones. Eso con respecto a la oposición de la separación de clases que va imponiendo el capitalismo en Inglaterra, todavía en Alemania apenas se puede hablar de desarrollo industrial y aun en Francia es débil. En Francia viene a haber desarrollo industrial en la época napoleónica y en Alemania, diríamos, todavía no, todavía es la vieja industria local. Pero ya, considerando el fenómeno inglés, los románticos y tradicionalistas temen la sociedad que viene y desde luego ven la liquidación de los elementos tradicionales que ellos aman. Ahora, ¿en qué sentido se podría decir que románticos y tradicionalistas son conservadores? Tengo la impresión *grosso modo* de que el Conservantismo actual es, en el fondo, liberal y aquí hay una oposición insalvable. Y tengo también la impresión de que el Conservantismo chileno, desde 1830 hasta ahora, es como diríamos un Liberalismo cauto, pero no romántico ni tradicionalista.

Un poco Mariano Egaña admira la Constitución inglesa, es cierto, pero no logra imponer mayormente sus ideas. Bello es típicamente un liberal cauto. Portales, lo mismo. Manuel Montt, lo mismo. Y luego de este Conservantismo pelucón, que es como digo un Liberalismo cauteloso, que quiere ir lentamente, el Conservantismo de los años 1860 en adelante, con Abdón Cifuentes y Manuel José Irarrázaval, es plenamente liberal en lo político. Lo que lo separa es muy grande pero, en fin, no es lo político, es la afiliación religiosa, pero prácticamente son liberales. De suerte que yo no ligaría inmediatamente el Conservantismo con estos movimientos de que acabo de hablar. ¿Cómo podría yo mostrar en algunas pocas frases, ya que me queda muy corto tiempo, el Conservantismo de estos movimientos y de estos pensadores? Hay una frase célebre, muy importante, de Joseph de Maistre, en sus consideraciones sobre la Francia de 1796, que es la segunda gran obra contrarrevolucionaria, después de Burke.

Dice así Joseph de Maistre, dirigiéndose a los monárquicos: "El restablecimiento de la monarquía, que se llama contrarrevolución, no será una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución".

Conviene marcar y pensar mucho esta frase. La contrarrevolución no será una revolución contraria, no será una revolución desde arriba, por ejemplo, que aniquile la obra de la revolución y la liquide, sino que es lo contrario de la revolución, es una evolución, es un absorber todo lo que hubiera de positivo, de valioso en la misma revolución, que sin embargo, la superara, que fuera más allá de la ruptura violenta, de la reacción violenta, del ajuste de cuentas, digamos, con la revolución. La contrarrevolución sería lo contrario de la revolución. Es una frase para contrarrevolucionarios.

En seguida, quisiera también citar como tipo de texto conservador ciertas frases, ciertos pasajes de Adam Müller y de Joseph de Maistre, uniendo a ambos, por razones de tiempo. Las constituciones para ellos no resultan de deliberaciones. Las leyes fundamentales no son escritas, sino que en el fondo debieran resultar de los derechos anteriormente existentes, que sólo se precisan cuando son atacados, cuando son materia de litigio. Pero no es lo escrito, la Constitución escrita, lo que propiamente debe constituir al Estado.

Hay siempre, en cada Constitución, dice Joseph de Maistre, algo que no puede ser escrito y que hay que dejar en una nube sombría y verdadera, so pena de derribar el Estado. Aquí se inspira en el ejemplo inglés, cuando se escriben leyes son leyes que en suma confirman derechos anteriores y además hay algo, incluso en las constituciones escritas que debe quedar entregado, digámoslo así, entregado a lo razonable, a lo que históricamente vaya interpretándose con esto. En ese sentido, la Constitución norteamericana, que es tal vez la más vieja Constitución escrita que hoy día subsiste, tiene algo de eso, jamás ha sido suprimida, sino que por vía de enmiendas se ha ido completando, se ha ido enmendando cualquier práctica que históricamente en algún momento pareció contraproducente. Y hay algo de ella que queda entregado, como en el derecho anglo-

sajónico, en la jurisprudencia anglosajona, hay algo que queda entregado al juez, a la interpretación que dé el poder judicial.

Eso lo dice Joseph de Maistre.

Por último, y con esto termino, fuera de estos conservadores propiamente tales, hay en los pensadores románticos o tradicionalistas elementos que pudiéramos llamar providencialistas. Recogen de la Iglesia Cristiana la idea de que la historia es dirigida desde potencias indivisibles e insondables. Lo que nos parece razonable, lo que nos parecería justo, pudiéramos decir, frente a la Divinidad no sabemos, no se realiza. Ellos han presenciado la Revolución Francesa, son cristianos, les parece que en cierta manera la destrucción de la Iglesia es algo incomprensible. La Revolución podía haber puesto todos los medios, pero no, no ha sido así. Eso no los hace incrédulos, sino que los hace pensar que su imagen de la Providencia era irreal. Y hay algunos textos bastante interesantes, manifestando este Providencialismo. Por ejemplo, de Joseph de Maistre: "Si la Providencia borra es sin duda para escribir". Si la Providencia ha permitido la Revolución es para otra cosa. Dice Novalis, en un escrito célebre de 1799: "La anarquía es el fermento de que nace toda religión". O sea no teme frente a la anarquía suscitada por la revolución, de la anarquía volverá a elevar su cabeza la religión.

El único tradicionalista importante y fundamental todavía en España es Juan Donoso Cortés, primero un liberal sin mayor originalidad, pero a partir de los años 1847 más o menos y sobre todo 1848, el año de las grandes revoluciones en toda Europa, se convierte en un defensor de la contrarrevolución. Y de la contrarrevolución en un sentido bastante grave y bastante distinto del romántico, más decisionista, lo ha llamado Carl Schmidt, un pensador jurídico y político de este siglo. El año 48, piensen ustedes que es el año siguiente al manifiesto comunista de Engels, ha publicado "Prudence", sus grandes libros comunistas, hay las revoluciones constitucionalistas en toda Europa, han caído las monarquías, varias monarquías legítimas han sido obligadas a dar constituciones, etc. ¿Cómo reacciona Donoso Cortés frente a eso? El socialismo, para él, es algo tremendo, pero que hay que aceptar como un flagelo, desde su punto de vista, que envía la Providencia. En un discurso de 1850 sobre Europa dice así: "La verdad es, señores, que a pesar de esas victorias (se refiere a las del socialismo en Francia. No, perdón. No las victorias del socialismo, sino que en Francia se venció una insurrección socialista, en junio del 48 por los republicanos). Entonces dice: "La verdad es, señores, que a pesar de esas victorias, que nada tienen de victorias sino el nombre, la poderosa efigie está delante de nuestros ojos sin que haya habido hasta ahora un Edipo que sepa descifrar ese enigma. La verdad es que el tremendo problema está en pie y la Europa no sabe ni puede resolverlo. Esta es la verdad. Todo anuncia todo, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido e ingenio penetrante, todo anuncia, señores, una crisis próxima y funesta. Todo anuncia un cataclismo como no lo han visto los hombres. Y si no, señores, pensad en estos síntomas que no se presentan nunca reunidos sin que detrás vengan pavorosas catástrofes.

Hoy día, señores, en Europa, todos los caminos, hasta los más opuestos, conducen a la perdición. Unos se pierden por ceder, otros se pierden por resistir. Donde la debilidad ha de ser la muerte, allí hay príncipes débiles. Donde la ambición ha de causar la ruina, allí hay príncipes ambiciosos. Donde el talento mismo, señores, ha de ser causa de perdición, allí pone Dios príncipes entendidos. Señores, donde un solo hombre bastaría para salvar a la Sociedad, este hombre no existe. Y si existe, Dios disuelve para él un poco de veneno en los aires. Por el contrario, cuando un solo hombre puede perder a la Sociedad, ese hombre se presenta, ese hombre es llevado en las palmas de las gentes, ese hombre encuentra llanos todos los caminos". Nunca se ha visto, tal vez, un diagnóstico más pesimista de un año revolucionario como el que traza aquí Donoso Cortés y aquí vemos cómo su providencialismo pesimista supera todas las concepciones ingenuas de la gente cuando dice "Esto es providencial", en el sentido que le conviene.

Aquí termino por ahora.